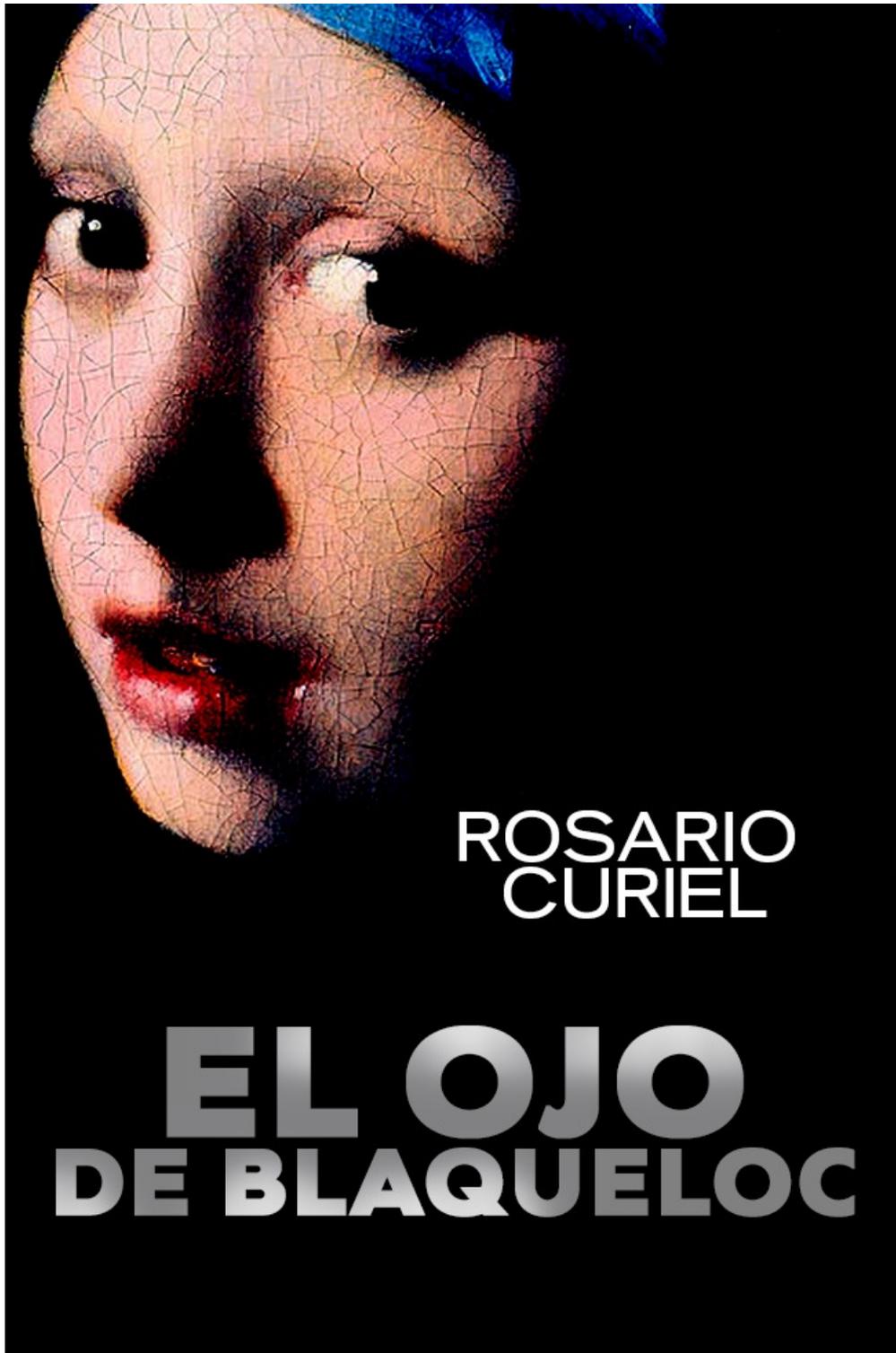


El ojo de Blaqueloc

Rosario Curiel



Capítulo 1

EL OJO DE BLAQUELOC

Por Rosario Curiel

A mis compañeros de viaje.

*El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas:
es ojo porque te ve.*

Antonio Machado.

*El ojo de Blakelock, tal vez. Un círculo vacío suspendido en el espacio, que
miraba cosas que ya no existían.*

Paul Auster.

Nadie escribe un diario para decir quién es.

José Saramago.

DIARIO I

Preparativos

Egipto, doce días, piensas mientras pasas y repasas la vista por los folletos que tu marido te ha traído para que los examines porque tú, entregadísima al trabajo, no tienes apenas tiempo para ni siquiera pensar en acercarte a la agencia de viajes. Así que es él, Fausto, el encargado de traerte información del resto del mundo, él el mensajero que trae las

nuevas ofertas de baja temporada de la agencia de confianza, agencia que ha organizado ya tantos viajes para institutos, por ejemplo, institutos de secundaria en donde trabajáis los dos y por eso os podéis permitir, y por otras razones, rabia rabiña para todos los demás que os conocen, iros de viaje a Egipto en pleno curso, cuando aquí todo dios trabaja.

Observas los diferentes programas y calculáis el dinero que podéis gastaros en el viaje y por ello, mientras tu marido calcula, tú sueñas con lo que te prometen: programa Kefren, programa Keops, programa Mikerinos, aunque tampoco estaría mal el Hatshepsut, o el Horus, con esa imagen del niño con camello con las pirámides de fondo, o ese templo de Karnak que quieres ir a ver y disfrutar, ese templo de Hatshepsut en el que te gustaría perderte porque te gusta el nombre y te resulta exótico, aunque qué decir del Ramsés, el Sobek, o de Nefertiti, Nefertari, Cleopatra, Tutankhamon, o del prohibitivo Osiris, que no te extraña que sea el dios de los muertos, porque ese programa es el más caro de todos, el de supersuperlujo, y no hay gente turista de clase media, gente de medio pelo como vosotros que lo resista.

Fausto te llama la atención de uno que lleva por nombre Tierra de Faraones, nombre más general, once o doce días dependiendo de cuándo salgáis, y curiosamente decidís que ése, el programa general, es el que más se ajusta a vuestras posibilidades y el que más se acerca a vuestras expectativas.

-¿Tierra de Faraones, entonces? –dice Fausto.

-Tierra de Faraones –confirmo.

Y todo se decide en un instante. Nuestra vida empaquetada en un viaje programado durante unos cuantos días. Así sea.

Aquí se quedará nuestra vida de todos los días por un tiempo. Cuando volvamos de allí habrá que incorporarse a nuestros trabajos de siempre a pelearse con nuestros alumnos de este año, 1997.

Pero durante unos días seremos todo lo libres que sea posible ser en este mundo, mientras nuestros compañeros, nuestros amigos, nuestra familia, todos, aquí, siguen con su existencia de días iguales.

Siempre había querido ir a Egipto. Desde pequeña. Desde que, en 1979, a mi hermano le regalaron un libro sobre arqueología como premio por

haber ganado un certamen de poesía (dicho sea de paso, con un poema mío). Ese libro estaba dedicado básicamente a lo egipcio. A las pirámides y demás monumentos funerarios. En mi mente se quedaron grabadas palabras como Keops, Kefrén y Mikerinos. La máscara de oro de Tutankhamon. La esfinge. Y la sensación de que las momias eran una burla a mi religión católica, que me recordaba la podredumbre de la carne. Yo por entonces tenía once años y empezaba a pensar un poco por mi cuenta. Y me prometí a mí misma que, algún día, iría a Egipto.

Por eso, ahora, muchos años más tarde, estoy cumpliendo mi promesa.

El motivo externo: mi luna de miel. Yo, la verdad, siempre había pensado ir a Egipto en una especie de viaje de estudios, qué sé yo, porque tampoco había estudiado Arqueología. Debo reconocer que la perspectiva de ir al país de mis sueños como una vulgar "lunamielera" no me hace demasiada gracia. Pero es una ocasión. La ocasión.

Por eso ahora repaso la vista por los folletos, yo, la que tiene una dedicación infrahumana a su trabajo como profesora de Lengua y Literatura Castellana en institutos de Secundaria.

¿Qué pretendo? Creo que "oler" la esencia de lo egipcio. Tengo, pienso, una tendencia quizá excesiva a la visión metafísica de las cosas, no sé yo si fruto de mi formación en exceso lectora, o de la necesidad de aislarme del mundo cruel que muchas veces conlleva mi trabajo. Pessoa dice que la metafísica es fruto de una indisposición. Si es así, nací con esta indisposición. O quizá sea una tara hereditaria.

El programa: permanecer en Tierra de Faraones del 10 al 21 de noviembre de 1997. Vuelo España-El Cairo el día 10 y alojamiento. Al día siguiente, 11, vuelo hacia Asuán, en donde estaremos hasta el día 13. El día 13, inicio del crucero por el Nilo, de obligado cumplimiento: Asuán, Kom Ombo, Edfu, Esna, Luxor. El día 16, alojamiento en Luxor y visita de la zona. El día 18, salida hacia El Cairo y alojamiento. En El Cairo, aprovechar para hacer todas las visitas pertinentes, porque el día 21 volveremos hacia España.

Los preparativos: no olvidar los medicamentos. Considerando lo mal que ando de salud últimamente, tendré que llevarme un maletín entero de medicinas. Dudo que en Egipto vayamos a encontrar demasiadas farmacias accesibles a nuestros cuerpos mortales. Y yo, con mi colon irritable, con mi anemia ferropénica, con la serie de infecciones repetitivas fruto de esta maldita bajada de defensas que sufro por culpa de la hiperresponsabilidad laboral.

10 de Noviembre

Allá lo que se queda... y acá lo que se va. Así empezaba, más o menos, un libro sobre viajes que había leído hacía tiempo. Y, como una tamiza la vida a través de los libros, voy pensando en esto mientras coloco las camisetas, los pantalones, la ropa interior, el gorro, las cremas protectoras del sol (con índice altísimo), las cremas hidratantes, el líquido de las lentillas, las gafas diversas (las graduadas, las de sol sin graduar, el suplemento para el sol al que yo llamo la prótesis) y, sobre todo, las medicinas.

Allá mi casa, con mi cama, mis libros, acá las pastillas de vitamina C, el jarabe para las náuseas y los vómitos, las pastillas para la diarrea, los polvos para el dolor de estómago y para todo tipo de infecciones, reales o imaginarias.

Cierto revuelo en casa, impaciencia, dejar todo arreglado en el trabajo...Te echaremos de menos, me dicen mis compañeros, me dicen los alumnos, pero sabes que, en realidad, lo que van a echar de menos es tu trabajo, tus horas de eficiencia, tu sangre fría en los momentos difíciles, sangre fría que pagas con tu colon irritable, con tus dolores de cabeza, con tus infecciones.

Y una vez listo el equipaje (allá lo que se queda, acá lo que se va), después de comer más o menos (más menos que más), coger el coche, llegar a Barcelona, llegar al aeropuerto.

En el aeropuerto del Prat, en Barcelona, nos recibe, nada más traspasar el umbral de la puerta, un enorme caballo gordo, desproporcionado pero feliz, un caballo de hierro salido de la imaginación de ese mexicano, Botero, que va sembrando por el mundo estatuas antidieta. Y cuando yo ya estoy a punto de quedarme a contemplar la escultura magnífica y cotidiana, mi flamante marido me tira de la manga del jersey y me advierte que tenemos que llegar a la puerta de salidas internacionales... Tenemos poco tiempo, el avión sale a las seis y son casi las cinco y tenemos que estar en la puerta de embarque a las... Ay, mi cerebro está demasiado lento, demasiado cansado para correr tanto. Y acabamos de empezar.

En la inmensidad que duran cinco maridos, quiero decir, cinco minutos, mi eficiente marido (hiperactivo él) ha ido a buscar un carro para nuestras muchas maletas, refunfuñando por dentro algo sobre las mujeres que

necesitan tanta ropa y más la suya, que necesita la ropa, las cremas protectoras porque tiene una piel que a él le encanta pero que hay que proteger, que necesita medicinas mil porque es una florecita de invernadero (que a él le encanta, pero a la que hay que proteger). Así que, de repente, me encuentro con un carro, con todas las maletas bien organizadas, y con mi marido diciéndome sonrío, porque me está haciendo una foto. Pero a mí no me apetece demasiado sonreír, no porque no esté contenta (¡voy a ir a Egipto, por fin!), sino porque me ha empezado a atenazar el cráneo un dolor de cabeza del tipo casco-que-aprieta y no sé dónde he puesto las aspirinas supersónicas que una amiga mía, policía ella, compra en las tiendas del ejército de Madrid. En las tiendas del ejército que hay en Madrid, quiero decir... En unas tiendas que el ejército tiene en Madrid... Dios, me estoy haciendo un lío.

Mi dolor de cabeza ha coincidido (y no sé si es consecuencia o no, pero vaya, no creo que mi altruismo llegue a tanto) con la visión de la puerta de embarque para los pasajeros de países no comunitarios. Allí, las pieles oscuras, las túnicas, los velos negros, los rostros cubiertos de mujeres cuya edad no podemos adivinar, los ojos cansados de niños que parecen tener miles de años... Acá, los pasajeros comunitarios, las pieles claras, los tejanos, las zapatillas deportivas, las camisas tipo chulo hawaiano, las gafas de sol tipo PePé Lemokó (ídem chulo, pero en mediterráneo), los sombreros de paja mexicanos comprados en Salou, provincia de Tarragona, las señoras de edad indefinida que vienen a despedir a sus nenes que por fin se han casado, los jerseys de entretiempo porque estamos en Noviembre pero allí en Egipto vete tú a saber qué tiempo nos hará, las maletas, maletas, maletas, y en primer término, yo, en plan semiturista intelectual, con cara de yo-soy-pero-no-soy-como-ellos, jersey a rayas horizontales marrones, amarillos y azules, jersey enorme que me llega hasta medio muslo de pantalón tejano, zapatillas blancas de aeróbic, mano encima del carro porque Fausto me está haciendo una foto, pelo castaño cortado a navajazos, gafitas semirredondas modelo intelectualoide, cara de dolor de cabeza, cara de paren el mundo que me bajo.

Soy capaz de llegar hasta la puerta de embarque, de entregar mi tarjeta, de sentarme, de empezar a saludar a la tripulación en mi inglés apenas inexistente que espero me sirva de mucho porque Fausto confía en mí como intérprete y en fin, ya veremos qué pasa.

Dentro del avión de Egyptair, lo primero que me impresiona es que, realmente, ellos son muy diferentes de nosotros: su piel es más oscura, pero hay algo, no sé, quizá ese mirarme de uno de los azafatos (no voy a utilizar esa gilipollez de "auxiliares de vuelo", cuando hay azafatas), ese descubrirme en los ojos de este hombre joven que me mira un instante al pasar y me encuentra demasiado blanca como para ser real.

Pero yo soy real, y esto que vivo es real, porque, para empezar, aquí está el dolor de cabeza para recordármelo. Mi hiperactivo marido me pregunta si estoy bien, le miento y le digo que sí, no voy a estropear la emoción del momento por una tontería así. Para distraerme, empiezo a observar al pasaje, y me siento un poco hortera, porque casi todos, aquí, somos lunamieleros, esto es, parejitas en viaje de novios, parejitas recién estrenadas y los de la tripulación lo saben y nos miran con ojos libidinosos y yo me quejo por dentro porque nosotros dos, aunque parezcamos conservados en formol, o momificados si debo ajustarme al ambiente venidero, ya tenemos una edad y hemos pasado lo nuestro como para que se nos mire como si fuéramos tortolitos recién estrenados. Pero allá donde fueres haz lo que vieres, ¿no?, así que ensayo unas cuantas expresiones soñadoras, adecuadas a una novia reciente. Consecuencia: Fausto me mira y me dice si me duele el estómago. En fin.

La voz del comandante interrumpe mis pensamientos para recordarnos, me parece entender, todo ese rollo de abróchense los cinturones, y ahora vamos a despegar y a volar a no sé cuántos mil pies, y tardaremos no sé cuánto en llegar, vaya con mi inglés inexistente, y mientras desconecto porque creo que ya llegaremos a donde debamos llegar, esto es, a El Cairo, descubro en la pared de enfrente (nuestros asientos casi se dan de bruces con ella) la imagen de una mujer con lo que a mí me parece el típico tocado egipcio y con alas, arrodillada, y pienso que debe de ser alguna diosa o algo así y me arrepiento de no haber leído apenas nada de la información que nos dieron en la agencia para el viaje.

Pero es que lo siento, me duele la cabeza. Y el mundo, supongo, como a Pessoa. No tengo remedio, todo lo veo en función de lo que leo... ¿Seré capaz, alguna vez, de ver el mundo con mis propios ojos? Los cierro, porque también empiezan a dolerme un poco. Y pienso si no me estaré volviendo un poco (o un mucho) hipocondríaca y no me he dado cuenta pero debo de haber dicho esto último en voz alta, porque oigo, a lo lejos, a través de una especie de zumbido que debe ser el de los motores del avión, oigo a Fausto diciéndome que todo lo que me pasa es culpa del estrés, que pronto se me van a olvidar todas las penas (pero si yo no tengo ninguna, y todas a la vez, algo así como una inmensa pena mundial y cósmica, digo, cómica), y que lo que ahora debo hacer es disfrutar del viaje.

Y lo primero que hago es volver a abrir los ojos y descubro en los asientos de la fila de al lado a una pareja que habla en catalán y, ya se sabe, el gremialismo, y les pregunto en catalán de dónde son y me dicen el nombre de un pueblo al lado de Lleida, nuestra ciudad. Y hablamos de cosas intrascendentes, o al menos que a mí no me interesan demasiado, como por ejemplo, cuánto les costó el banquete de bodas y cómo iba vestida ella de novia, pues de blanco, claro, como todas (como todas salvo yo), y me explica que si la cola y que si el velo y que si el pisito y los azulejitos, qué horror, creo que en situaciones así prefiero incluso hablar

de fútbol. Miro a esta chica y veo en ella a la mujer que será dentro de unos años: ya se esboza, detrás de los labios pintados de marrón, la mueca del fastidio, ya se adivina, en esa cola de caballo informal que aún conserva las mechas que casi todas las novias se hacen, la melena enlacada de mujer que tiene la obligación de parecer mayor porque se ha casado. Miro alrededor y casi todas las novias recién estrenadas me parecen iguales. Y sus maridos empiezan a echar barriga. Todos clónicos.

Me pregunto qué hacemos aquí, entre todos estos extraños de nuestra misma raza.

Qué hacemos aquí, entre todos estos turistas, que observan con ojos folklóricos los ojos negros, profundamente negros, de una oscuridad labrada durante milenios, de la tripulación del avión. Mientras ellos tenían una de las civilizaciones más esplendorosas de la historia de la humanidad, nuestros antepasados apenas habían bajado de los árboles y ni siquiera imaginaban que iban a tener eso tan incómodo que se llama alma.

Pero bajo a la realidad (yo siempre en las nubes). Entre nuestros auxiliares-azafatas-azafatos-no-sé-cómo-llamarlos sólo hay una mujer, LA AZAFATA. Y parece ocupar un rango socialmente inferior. Lo adivino en ese bajar los ojos, en ese apenas hablar con sus compañeros que se suponen son sus iguales, en ese estar silenciosa. Ellos eran una gran civilización.

Ah.

Cierro los ojos, los abro, pienso en el daño que ha hecho el integrismo islámico, no lo entiendo y lo entiendo, en el instituto tengo alumnos musulmanes a los que aprecio de veras. Somos diferentes. Pero también hay dominicanos, gitanos. Todos somos diferentes, sí, pero a fin de cuentas todos estamos mezclados en esta cuenca nuestra del mediterráneo. Yo misma, catalana pero hija de andaluces, soy radicalmente mestiza. No existen razas puras y eso creo que nos aproxima los unos a los otros, pero veo que me distancia un no entender desde el corazón ese sometimiento de la mujer en los países árabes. No sometimiento de nadie. Eso debería estar por encima de cualquier raza, de cualquier religión.

Pero me doy cuenta de que ya estoy arreglando el mundo por mi cuenta, ya me estoy yendo por las nubes, nunca mejor dicho si estamos a no sé cuántos mil metros (¿no dijo pies?) de altitud...

Así que me obligo a leer.

República Árabe de Egipto. Jumhuriyah Misr al-Arabiya. Capital: El Cairo. Bandera: rojo, blanco y negro en franjas horizontales, con el emblema

federal en oro en el centro. Extensión: 1.001.449 km² (dos veces España, puntualiza el folleto informativo). Mapa y situación geográfica: situada al NE de África y la península del Sinaí, en el continente asiático. Limita al N con el mar Mediterráneo, al E. Con Israel y el mar Rojo (el de la Biblia, ¿no?), al S. Con Sudán y al O. Con Libia.

El Nilo.

El Nilo es el río más importante que divide a Egipto en dos partes, una el desierto líbico al oeste del valle del Nilo con una altura máxima de 1.000 m., comprende la depresión del Qattara, y los oasis de Siwah, al-Bahriyah, al-Faráfirah, al-Dákhilad y al-Kháríjah. Al este el desierto arábigo, que alcanza altitudes de hasta 2.000 m. En la península del Sinaí, la máxima altura es la del Jabal Katrīnah de 2.639 m.

Sí, pero no sé si esto me dice muy bien cómo es el país. Yo creo, más bien, en la geografía humana.

Población: 54.688.000 habitantes –1'5 la española-. Composición étnica: 99% de árabes descendientes de los antiguos egipcios y minorías muy reducidas de nubios, beja y beréberes.

Idioma oficial: árabe. Idiomas administrativos: inglés y francés.

Menos mal. Si no me alcanza el inglés podré probar con el francés.

Régimen político: república presidencialista.

Ay, no sé. Tanta información me apabulla. Creo que acabaré perdiéndome con tanto dato. Porque lo esencial es ver esto: anuncian nuestra llegada al aeropuerto de El Cairo, los turistas lunamieleros nos las prometemos muy felices en nuestras vacaciones de gentes privilegiadas que pueden pagar en libras egipcias y en dólares si es preciso, con nuestras visa, eurocard, mastercard, travellers-checks, y la azafata, esa chica de piel cetrina pero casi transparente, ojos negros profundísimos, se coloca un pañuelo que le cubre el pelo, los hombros, las espalda y casi la mirada, que se apaga instantáneamente, como una lamparita sorprendida por un interruptor brusco. Es esa chica que nos servía zumo de naranja prefabricado con una sonrisa en el rostro, con la luz de sus años casi adolescentes. Esa chica que baja los ojos, como avergonzada por existir y de ser un peligro para sus congéneres del sexo masculino.

Salimos del avión, caminamos medio sonámbulos por un pasillo. Llegamos a una mesa de control en la que un policía con metralleta coge mi bolsa de mano. Me indica que la abra. Sonríe al ver medicinas y alguna compresa. Me mira a mí, mira a mi marido, nos da vía libre. Se dispone a

registrar el bolso de otra turista.

La atmósfera se me hace asfixiante por un momento. Entramos en una gran sala, ya dentro del aeropuerto, zona llegadas internacionales. Me cuesta respirar.

Yo creía ya que tenía una de mis múltiples crisis de angustia existencial y que la estaba somatizando en forma de ahogo, pero no, no creo que esta vez sea así, porque oigo a Fausto decir:

-¡Joder, qué peste!

¿Peste? Le respondo-pregunto.

-Sí, joder, aquí huele a moro.

Vaya hombre, no, ¿eh?, no empecemos con ataques de racismo ahora, ¿eh, maridito?, que para eso no nos hacía falta venir aquí. Yo que siempre te había creído tan civilizado, tan... Y me doy cuenta de que tiene razón. Si. Aquí huele mal. No puede ser. ¿Yo también tengo un olfato racista? Estoy dispuesta a hacerme el harakiri filantrópico estilo ONG-no nos moverán-todos somos hermanos, me rebelo contra mi pituitaria, pero no tengo otro remedio que admitir que sí. Aquí huele mal. Mi cerebro me hace una finta: querrás decir que huele diferente. Eso me tranquiliza. Que piense yo no que huele mal, sino diferente. Eso pone mis neuronas en marcha. ¿Por qué huele diferente? Pues porque somos diferentes. Diferente raza, diferente cultura, diferente modo de vida, diferente alimentación. Diferente concepto de la higiene. Seguramente nosotros también olemos mal a sus narices. Porque somos diferentes. Los unos de los otros. He aquí el primer choque cultural en tierra de faraones: el olor. Nunca me había parado a pensar que el olor pudiera separar a los pueblos. Porque, claro, lo primero que uno piensa es que aquí la gente huele mal. Y nos huele mal todo aquello a lo que no estamos acostumbrados. Este pensamiento me tranquiliza y me divierte, porque siento, pienso, que, al fin y al cabo, no estamos tan lejos de los animales. Y de repente descubro que a mí siempre me ha interesado el olor de las personas, y me divierto pensando en que, seguramente, nuestro olor cambia según el humor, y le época del año, y

-Baggage?

Oigo pronunciar a mi lado. Miro y veo a un hombre con una túnica casi blanca, descalzo, delgado, poco más de metro sesenta...

-No.

Le respondo sin mirar. ¿Dónde está mi marido? Me doy cuenta, de repente, de que los turistas nos agolpamos los unos contra los otros, casi

resguardándonos de esas voces que pronuncian baggage, baggage. Aparecen los guías de las agencias. Sé que son los guías de las agencias porque van vestidos a la europea con pretensiones de señor serio (americana, corbata, pero calcetines blancos, horror) apartando a los pobres diablos que quieren llevar nuestros equipajes hasta donde sea por unas cuantas libras. Aunque, claro, para nosotros, turistas, pobre especie en multiplicación, es difícil distinguir entre los que llevarían nuestro equipaje con sumo gusto por unas pocas libras y los que se llevarían nuestro equipaje con sumo gusto, y gratis. De eso ya nos habían advertido en la agencia. De hecho, a todos los que estamos aquí nos habían advertido en nuestras agencias:

-Ya me lo dijeron en la agencia, que al llegar...

-¡Y que lo digas! Hay que tener cuidado...

Los pobres turistas nos agolpamos como si fuéramos el séptimo de caballería atacado por los indios, formando un corro, mientras llegan (acaban de llegar), como pueden, gritando en ese idioma lleno de sonidos guturales de aquí, insultando a los que aman nuestros equipajes, o al menos eso parece, que los insultan. Y tardan en llegar una eternidad, aunque alguien, a mi lado, experto en tiempos reales, dice:

-¡Ah, qué bien! No han tardado nada...

Y yo me doy la vuelta y miro al que así ha hablado, que tiene pinta de ingeniero informático, no sé, pero se parece a Bill Gates, y está controlando su reloj y dando instrucciones a la que parece su esposa, que asiente con cara de qué pronto ha llegado, mi querido ingeniero informático.

Así que me voy dando cuenta de que, o bien el estrés causa estragos en mis neuronas, o bien las vacaciones empiezan a manifestarse en forma de agnosia, o bien, lo más seguro, mi percepción del tiempo es más anormal aquí de lo que suele ser normalmente.

Intento, pues, salir de mi percepción deformada de la realidad y compruebo, maravilla de las maravillas, que mi marido está a mi lado, que no se ha movido un milímetro de mi vera, y que está hablando con el que, al parecer, es el guía de nuestra agencia. Bueno, con la asociada de nuestra agencia. La delegación aquí es Moon River Tours, y el hombre en cuestión tiene un bigote negrísimo felpudo sonriente y unos ojos inquisitivos, aún más oscuros que su bigote y su pelo, que ya son de un azabache rayano en lo azul. Se llama Abd-Elnasser Soliman, según dice la tarjeta.

-Mi nombre es Nasser.

Dice, lanzándome una mirada analítica, o a mí me lo parece, y enseguida le dice a Fausto que cuántos camellos quiere por mí. Será una broma, supongo. Y nos conduce, junto al resto del grupo, hacia el exterior del vestíbulo, hacia la noche cairota.

Afuera nos esperan más personajes de esos que te preguntan baggage y te piden propinas y Nasser los va echando a todos con palabras que parecen destempladas. Llegamos, los de nuestro grupo (nuestro grupo somos seis personas: nosotros dos y dos parejas más), al pie de una furgoneta que llaman microbús y mientras tanto nuestro guía nos va dando instrucciones. Nos suben los equipajes y nos subimos nosotros. Todo está oscuro. Hay muy poca luz de noche en El Cairo.

Una vez instalados, Nasser nos explica, para empezar, que el itinerario ha cambiado: que del 10 al 13 estaremos en El Cairo, del 13 al 15 en Luxor, del 15 al 18 haremos el crucero por el Nilo, del 18 al 20 estaremos en Asuán, el 20 volveremos al Cairo y el 21 a Barcelona. Pues vaya, empezamos bien. Pues vaya, Abd-Elnasser Soliman. Así que eres el mensajero que nos indica que el viaje tan cuidadosamente preparado puede alterarse de golpe y porrazo. Nos quejamos, preguntamos, pero entendemos enseguida que no vale la pena quejarse y preguntar, puesto que, en realidad, nuestra agencia madre está muy lejos, tan lejos como nuestro país, y estamos en tierra extraña en la que, a pesar de que supuestamente te tratan con guante de seda, eres un extraño con el que pueden hacer lo que quieren y tú, encima, ni siquiera puedes entender su idioma, ni por supuesto sus mentes. Así que cerramos la boca, como turistas obedientes, aceptamos el argumento de que el barco está en Asuán todavía por no sé qué problemas y que cuando suba, entonces, nos recogerá como si fuéramos una carga de mercancías (pero carga que tiene dólares, libras, eurocard, mastercard, travellers-checks, visa y todo lo aceptable para pagar todo lo pagable) y entonces nos arrastrará, a nosotros y a nuestros destinos de turistas bien educados, a cumplir el programa, porque para eso pagamos, para cumplir el programa.

Nasser nos instruye también sobre la cuestión de las propinas y a nosotros nos huele mal, no como el aeropuerto, que olía diferente, sino francamente mal. Porque, vamos a ver: si pagamos nuestro viaje, ¿para qué dar propinas?

-Es que... -dice Nasser cambiando algunas es por íes y articulando entre mandíbulas- las personas que viven aquí muy pobres, y entonces ellos necesitan propina para comida y ...

Entonces, ¿quién se queda con nuestro dinero?

Silencio como respuesta, cambio de tema:

-Vean aquí esto es la Avenida de las Grandes Pirámides, las grandes pirámides que...

Y entonces nos suelta lo que se puede leer en cualquiera de los manuales que nuestra agencia, la agencia madre, nos ha cedido gentilmente. Pero nosotros, que nos consideramos civilizados, ponemos cara de niños aplicados y escuchamos. Y yo pienso que tengo hambre, que me duele la cabeza y que quiero irme a dormir, aunque no sé si por este orden...

Dejamos a nuestros cuatro compañeros en el Hotel Mena House con un poco de envidia, porque es un cinco estrellas (y el nuestro tiene cuatro) y porque, según nos dice Nasser, es el mejor hotel de El Cairo. Y sí, es realmente espectacular, con ese estilo oriental un poco demodé, pero que en el fondo es el que busca nuestra parte más oculta de turista convencional.

-Ah, pero el suyo, su hotel, Pyramids Park –dice Nasser, esforzándose por pronunciar el nombre en inglés-, muy bonito, cerca de las pirámides de Giza, aire acondicionado, night club, gimnasio, gran piscina...

Evidentemente, este hombre es un lince. A nosotros nos ha visto la envidia perruna en la cara y quiere que estemos contentos, que no nos llevemos una desilusión ya desde la primera noche en Egipto. Mientras nos canta las excelencias del hotel, Nasser nos explica que mañana vendrá a recogernos nuestro guía en El Cairo, la persona que nos llevará a hacer las visitas por la capital, etcétera etcétera... Qué capacidad para soltar palabras. Así que él no es en realidad el guía, él es una especie de jefe, el delegado de la agencia Moon River, y eso lo deja claro, porque aún hay clases, y que si tenemos cualquier problema se lo comuniquemos inmediatamente. Nos da su tarjeta, en la que leemos su nombre, un montón de teléfonos, un télex, un fax, y su dirección: 20, El Mathaf El Zeraee St., Agouza-Cairo-Egypt. Pues ya sabemos a quién dirigirnos en caso de necesidad. Siempre es un consuelo saber que tienes un teléfono a dónde llamar.

Mientras tanto, hemos ido llegando a nuestro hotel. Es un hotel de estilo europeo magnificante, o sea, totalmente anodino e impersonal, que tiene como mayor atractivo el parecer un laberinto en el que te puedes perder tranquilamente, porque sí, gran piscina (enorme piscina iluminada), pero las habitaciones se congregan alrededor de ella en expansión anárquica de pasillos y pasillos que dan vueltas y revueltas. En un quiebro inesperado del camino está la nuestra, a la que llegamos finalmente, después de pasar por recepción, después de tener que aceptar que un botones nos lleve el equipaje (me parece demasiado entrado en años este botones), después de pasar por nuestro bautizo de propinas egipcias, porque el botones con vocación de acerico se queda esperando a que le soltemos

algo, y mi marido, que es catalán hasta la médula y que no se enfadará porque diga esto, le suelta una miseria que no da ni para pipas en el país de los girasoles. Y así nos ganamos, ya la primera noche, el odio momentáneo del botones y la pérdida del derecho a que nos lleven las maletas. Nos ganamos sin embargo el derecho a ser observados como turistas indeseables, gente de medio pelo que tienen dinero (mentira) y no quieren soltarlo. Pero claro, a nosotros todo esto nos deja absolutamente indiferentes. Bueno, a mí un poco escandalizada, un poco avergonzada de la conducta que yo considero avara de mi marido, porque claro, yo ya sé que a mí me educaron para ser una niña buena y me da no sé qué que ese hombre piense no sé qué y que alguna comida dependiera de nuestra propina, pero Fausto, catorce mil veces más práctico que yo, me tranquiliza diciendo que ese hombre que se acaba de ir con un bufido y con un casi portazo está demasiado gordo como para pensar que no come.

Olvidado el pequeño percance que a mí me deja más que pensativa porque me duele la cabeza y el mundo entero debe de estar metido en ella, nos acomodamos en la habitación y nos dedicamos, como todo el mundo, a ir de safari por la estancia: hay que revisarlo todo. Las camas, el cuarto de baño, la televisión, el papel de cartas en el que pone Pyramids Park Hotel, sobres, una carpeta en la que vamos a ir guardando todo, desde las facturas hasta la tarjeta de Nasser... Y mientras yo me quedo extasiada ante la posibilidad de escribir en papel egipcio, Fausto está revisando las sábanas y observa que no están muy limpias: en todo caso, una de las camas parece más aceptable que la otra, que presenta manchas sospechosas de no sé qué (menos mal que escogimos un cuatro estrellas), así que decidimos compartir la cama gustosamente. Me coge de la mano y seguimos la expedición. Y me muestra lo que ya ha descubierto él mientras yo me quedaba in flow, como dicen, creo, los ingleses. Y observo que el cuarto de baño es todo de mármol y que el papel higiénico que está en el portarrollos tiene las puntas recogidas en forma de pirámide. Todo un detalle para nosotros, turistas de medio pelo. Ah, y también hay jabones, geles, un pañito para limpiarse los zapatos, y perchas, y... Una mirada más a fondo nos descubre que la habitación necesita una mano de pintura, que las cortinas necesitan un lavado y que alguien debería pensar en cambiar un tapiz verde que representa no sé qué divinidad egipcia a la que se le deshacen las alas por culpa de los insectos.

Pero estamos en Egipto. A eso hemos venido. A disfrutar de las pirámides, de la habitación que nos ha tocado. También de los mosquitos, enormes, que empiezan a entrar en la habitación porque yo, en un despiste, he dejado la puerta de la terraza abierta y he encendido la luz.

No pasa nada. Estamos de luna de miel.

Cenamos los bocadillos que nos habíamos traído. De momento, ni pensar en entrar a comer en el restaurante del hotel, en donde los camareros esperan en la puerta a los turistas con sonrisas que son todas dientes. Así que, sentados al borde de la cama potable, despachamos dos bocadillos que ya están momificados por el viaje. A mí me duele un poco el estómago pero no pienso darle la oportunidad de pensar en él y de que me duela más.

Y salimos a la noche del hotel, a la gran piscina iluminada que es el centro del laberinto.

Yo he perdido la noción del tiempo, pero debe de ser alguna hora en concreto porque oímos, de repente, una voz que salmodia algo que no entendemos. Debe de ser la hora de la oración. Es la voz del almuecín.

Salimos con la cámara de fotos en ristre, con la cámara como única arma ante el mundo que hay que captar en fotos, y pienso en esos pueblos cuyas gentes no quieren ser fotografiadas porque están convencidas de que la foto les roba el alma. Y algo de eso habrá, porque, pienso mientras Fausto me hace fotos y yo a él, que en ese gesto de apretar el botoncito, en ese gesto de apretar el gatillo de nuestra Nikon F-50 que Jose, buen amigo, nos ha regalado por nuestra boda, en ese gesto, digo, que me pierdo en mis propios pensamientos como por el laberinto de alrededor de la piscina, hay un mucho de querer captar el momento para la eternidad, la vida en un punto.

Fausto con las manos en los bolsillos mirando hacia otro lado, camiseta color crema, pantalones tejanos, zapatillas deportivas blancas, con la piscina iluminada al fondo y unas cuantas palmeras diseminadas aquí y allá, palmeras altísimas, foto preciosa que cuenta con toda mi voluntad y con la belleza de Fausto, que siempre sale perfecto en las fotos el muy puñetero, pero foto malograda, seguramente, porque por mucho que yo me esfuerce en seguir los consejos de no sé quién que me dijo que debía aguantar la respiración (ah, fue Albert) antes de disparar y respirar después, que ese era el sistema perfecto para que las fotos no salieran movidas, la foto esta, digo, seguro que va a ser un desastre, porque mi pulso ya no es muy firme de por sí y no sé yo si será el estrés, el cansancio, los años y mi propia imbecilidad, pero hago todo lo posible, enfoco, aguanto la respiración, y en el momento de apretar el botoncito de marras me doy cuenta de que he movido la cámara, me cachis diez.

Le pido disculpas a Fausto, que me mira como si fuera su hija pequeña, y la próxima foto tampoco saldrá bien, porque será de factura impecable pero de sujeto muy mejorable: soy yo, apoyada en una barandilla de hierro que separa ornamentalmente la zona en la que acaba de posar Fausto de un restaurante rodeado en parte por la enorme piscina, que vuelve a colarse en nuestras vidas, tanta agua en un país tan reseco pero ya se sabe que por lo mismo. Soy yo, entre varias macetas de arbustos no

identificables, camiseta blanca, tejanos, las piernas ligeramente cruzadas, cargando el peso sobre la izquierda, brazo del reloj (el izquierdo) apoyado por el codo en la barandilla, mano derecha ocupada con un libro perfectamente olvidable, que me he traído aquí, para no leerlo. Y las gafitas semirredondas que me dan un aire de niña empollona a mis veintinueve años.

Y más fotos: yo que decido darle la espalda a la cámara, mirando a la piscina iluminada, palmeras rojas y verdes, Fausto, que se aviene a repetir la foto de antes que, seguramente, tampoco saldrá bien, yo, con cara de resignación y gafitas que ahora me dan un aire contemplativo, entre dos palmeras esbeltísimas y gigantes, observando la luna diminuta que se ha colado en el centro, la luna diminuta de la noche, nuestra primera noche en El Cairo, la luna que presidirá nuestros primeros sueños, aquellos que yo me reservaba desde pequeña, desde que leí aquel libro, aquellas sensaciones que me prometí vivir algún día que es hoy, diez de noviembre de 1997.

11 de Noviembre

Nos despertamos con un humor envidiable y es lógico, porque somos lunamieleros y ya se sabe lo que hacen los recién casados por las noches, vaya estupidez, pero eso es lo que piensan los que nos ven salir de la habitación con aire feliz.

Con el vigor que te da una ducha en vacaciones en un lugar en el que no debes preocuparte por recoger las toallas, nos dirigimos hacia el comedor en donde nos espera nuestro desayuno, nuestro primer desayuno en tierra egipcia. Hay serviciales uniformes que te abren las puertas mientras te dicen good morning sir, good morning madam, y tú contestas, good morning, good morning, encantadísima contigo misma por haber pasado las primeras lecciones de inglés. No ocurre lo mismo con Fausto, que pasa de todo y contesta, indistintamente, buenos días, bon dia, gudmonig y que te la pique un pollo, porque él es así, un poco animalote pero tan tierno. Llegamos a nuestra mesa riéndonos de nosotros mismos, él de él y yo de él, mientras le recuerdo que si mi inglés es inexistente el suyo resultó ser un aborto, por lo que él ya sabe, ja, ja, ja.

Y un camarero sonriente dice morning (ya no te sueltan el good) y te retira la silla y te mira un poco de refilón, aprovechando que tu marido se ha ido a buscar zumos de naranja o de lo que sea y tú desearías, en este momento, no tener la piel insultantemente blanca. Lo observas con cortés indiferencia y le dices que vais a tomar café con leche, please, y él se va

con paso presto a buscar los dos líquidos elementos.

Mientras tanto, el espectáculo de los otros clientes resulta de lo más europeo. Piel rubicundas, ojos miopes, sexagenarios, parejitas, bermudas, brazos al descubierto, cuerpos que distingo desde el gran ventanal ofreciéndose al sol y a los ojos egipcios... Vuelve Fausto excitadísimo, explicándome que hay seis clases de zumos diferentes: naranja, naranja con moscas, naranja sintético, piña, una cosa roja (granadina, pienso) y algo que parece pomelo. Pues muy bien, le digo, mientras unto en un panecillo y en tostadas toda la mermelada que he podido afanarme, mientras vuelve el camarero de los líquidos elementos, ahora más serio porque está aquí mi marido, o al menos a mí me lo parece, quizá ya estoy empezando a disfrutar de la dulce tortura de una manía persecutoria. Desayunamos muy a la europea en este hotel egipcio, el Pyramids Park, sabiendo que dentro de poco vamos a conocer a nuestro hombre en El Cairo, como si esto fuera una película de James Bond.

Y con esa sensación de aventura salimos del comedor, pidiendo disculpas a una pareja de simpáticas japonesas jubiladas que llegan a la entrada del dining-room con enormes maletas, seguramente perdidas en el laberinto de habitaciones y de vueltas, regurgitadas por el gran monstruo de la piscina, que a esta hora sólo soporta cuerpos jóvenes, carne fresca expuesta al sol.

Llegamos al vestíbulo. Hay mucha gente. Un camello-buzón nos mira con aire indolente pidiéndonos postales para enviar a nuestra patria, pero nosotros ya hemos decidido no escribir a nadie porque no tenemos tiempo, porque no nos apetece y porque resulta estúpido eso de enviar postales a la gente que te has dejado con un palmo de narices, envidiándote porque tú te has ido de vacaciones a tierra extranjera, a la tierra de los faraones, mientras ellos siguen trabajando, levantando la piedra de todos los días, siempre el mismo absurdo del trabajo y los días iguales en la tierra que va a enterrarnos cualquier día.

Me dejo de monsergas mentales, porque, una vez más, algo del exterior me despierta, y es Nasser, Abd-Elnasser Soliman en persona, con su bigote azabache, que viene a presentarnos a un hombre delgado pero fibroso, quizá metro setenta de estatura, pelo castaño ya con entradas y cortado casi al uno, barba y bigote radicalmente árabes, nariz aguileña, orejas algo prominentes pero ojos inmensos y azules, de expresión intensa, como febril, pestañas rizadísimas.

-Hola, mi nombre es Hazem.

Dice, mientras nos da la mano a los dos y, después de la hache aspirada profundamente, alarga la "a" de su nombre para caer con rotundidad sobre la zeta sonora y convertir la eme en un eco profundo, parecido al del agua que cae desde una piedra mojada por los siglos hacia lo más

oscuro de una gruta que, de repente, se hubiera abierto a nuestros pies: Jaaazzem.

Este hombre que se nos aparece vestido muy a la europea (tejanos, riñonera, calzado deportivo, camiseta amarilla que acentúa su tez morena) tiene un tono algo servil que me intriga pero me halaga. Es la primera trampa reservada al turista fino pero de medio pelo: hacer que se sienta como un rajá.

-Isberro que hayan tenido un buen viaje. Yo seré su guía.

En mi mente resplandecen las palabras: yo soy el camino, la verdad y la vida. Estoy a punto de reírme, divertida por las asociaciones de mi cerebro estresado e hiperactivo, pero no lo hago. Hubiera sido demasiado empezar con un chiste cultural-bíblico-turístico.

Hazem (Jaaazzem) nos explica que hoy iremos a visitar, por la mañana, las pirámides de Keops, Kefrén y Mikerinos, en Giza, y eso es YA:

-¿Tan pronto? -pregunto.

-Claro -me responde- están aquí al lado.

Y yo me decepciono un poco y me ilusiono un poco, a partes iguales, no sé por qué pero imagino que es por la doble sensación de ver cumplido mi sueño (ver las pirámides), pero de verlo cumplido de una manera algo prosaica, como un trámite: supongo que yo esperaba tener que esperar más para verlas, no cumplir el Gran Objetivo en el primer día, como quien va a comprar el pan y por el camino se encuentra con las pirámides que están ahí, como si nada, como si no fueran una de las grandísimas maravillas del mundo, uno de los grandes misterios.

Me riño a mí misma y me acuso de excesivo romanticismo, porque, pienso, al fin y al cabo, hay muchas más cosas: aún queda Abu-Simbel, que es el otro gran objetivo. Y hay otros, más pequeños, pero no menos importantes: Luxor y Karnak, Edfu...

En fin, mientras yo me pierdo por mis meandros mentales, sucede que nos presentan a otra pareja que va a hacer la visita con nosotros y nosotros les saludamos con la desgana y la expectación de quien conoce a alguien sabiendo que, en el fondo, no le interesa lo más mínimo su vida, entre otras cosas porque os vais a separar al cabo de pocas horas y no os vais a ver en todas vuestras vidas, pero aun así nos saludamos, nos interesamos por lo que hacemos, dos chicas valencianas y un matrimonio de Zaragoza, y nosotros, que somos los catalanes del grupo y no sé cómo Nasser, que aún no se ha ido porque estamos aún en el vestíbulo del hotel y horror, van a dar las diez y el sol va a calentar de lo lindo, pues Nasser suelta el chistecito de siempre, el manido e imbécil chistecito de Barcelona

és bona quan la bossa sona y no sé quién se lo habrá explicado, algún turista, claro, pero si él conociera de verdad Barcelona sabría que esta ciudad, como todas, es algo más que un cliché cultural y semifensivo.

Nos suben a una furgoneta y yo tengo la sensación de ser una vaquita que va de excursión al matadero, será porque la furgoneta es un horno y la luz es excesiva y hace tanto calor. Pero enseguida me olvido de mis hipocondrías, porque estamos circulando por la avenida de las Pirámides, la misma que recorrimos de noche y casi a solas, a altas horas de la noche: dios mío. O quizá digo mon dieu, porque tengo esta extraña costumbre de mezclar los idiomas.

Todos, en la furgoneta, tenemos un primer instinto de taparnos los ojos con las manos: la Gran, Magna, Magnífica avenida de las Grandes Pirámides de El Cairo es lo más parecido al caos en su máxima expresión. Un totum revolutum de coches, gentes, animales circulando, cada cual a su ritmo, dos carriles más o menos amplios que se convierten en realidad en cinco por banda, algunos reversibles, algunos reversibles de pronto cuando algún hijo de la gran pirámide decide que se ha equivocado de dirección y gira en redondo y se da la vuelta, y todos juegan a esquivarse o no y a ver de qué humor está Alá en este momento. Porque, claro, nos explica Jaaazzem, el nacer y el morir depende de la voluntad de Alá y hagas lo que hagas te vas a morir cuando te toque y eso, pienso, permite saltarse los ¿semáforos? No hay semáforos, a no ser que se considere así a tres parientes vecinos de los semáforos dispersos a lo largo de la gran Avenida, no sé cuántos kilómetros tendrá pero es larguísima: esos tres parientes observan con ojos intermitentes en ámbar a los que se juegan la vida por Alá. Viendo el parpadeo asombrado e incrédulo de los llamémoslos semáforos pienso que Alá no es mi dios y que dios me perdone, pero una de dos: o Einstein nos engañó como a chinos (¿por qué a los chinos se les engaña en las frases hechas?) y dios, en definitiva, SÍ JUEGA A LOS DADOS con el universo, o Einstein no conocía a dios en realidad y era un iluso. Por eso Alá no es mi dios: porque juega a los dados. Pero el dios de mis padres tampoco es mucho mejor, y de hecho, se murió en su momento según dijo Nietzsche y nos dejó colgados a todos y por eso estamos nosotros aquí, jugándonos a los dados la vida, poniéndola en manos de este chófer que nos mira con gesto socarrón pensando pobres turistas imbéciles (pero con la traducción a la cantidad necesaria de guturales y sibilantes sonoras sordas y diversas africadas) que han venido aquí, en donde yo vivo, cuando yo jamás iría a donde ellos viven aunque haya menos polvo.

Hazem comenta divertido que en Egipto la gente no se examina para obtener el carnet de conducir: que, en todo caso, deben probar un tiempo en la calle y (¡exagera! ¿no?) si sobreviven, entonces les dan el carnet. Y que los conductores egipcios son los mejores del mundo. Yo, al ver cómo está el patio (las gentes en bicicleta colgándose de los camiones para descansar del pedaleo, la sustitución de los intermitentes por el claxon y

el insulto directo), pienso en si habrá alguna palabra árabe que quiera decir chauvinista.

Nos pasa por el lado izquierdo una furgoneta Daihatsu cargada con un montón de básculas de esas que mis padres tenían en la tienda de comestibles y que parecen, en la parte vertical que indica cuánto pesa lo que pese (nuestras vidas), una porción de queso El Caserío (del Caserío, me fío) ahora en versión corteza roja, fondo blanco: me parece divertida la imagen, decenas de básculas mirándonos como extraterrestres sorprendidos pero orgullosos de existir, con lo que debe de ser la marca de la báscula en caracteres árabes (indescifrables para mí) y debajo la palabra National. Pasamos junto a unos bloques de pisos que se parecen un poco a los edificios que suele haber en el extrarradio de cualquier ciudad de las que yo conozco. Es curioso que el milagro esté envuelto en la normalidad...

Llegamos a Giza. O Gizeh. Junto con la capital, forman la Gran Provincia de El Cairo, creo oír que Hazem explica, porque llevo no sé cuánto tiempo en mis musarañas. Leo la información que nos dio nuestra agencia madre en Lleida y constato que el tiempo que he estado desconectada no lo sabré nunca, pero sí el espacio: Giza está a doce kilómetros de El Cairo. Doce kilómetros de mi vida pasados sin saber en cuánto tiempo.

Nos descargan en el complejo funerario de Giza. El guiiiizza, pronuncia Jaaazem, y luego nos dice que los guías no pueden entrar en las pirámides y esto me mosquea un poco, porque una es intuitiva, sí, pero necesita que le expliquen las cosas y más cuando ha esperado tantos años para venir aquí.

Porque estamos, ahora, en este preciso instante, cuando puedo comprobar por fin en reloj ajeno que apenas son las diez y media, estamos ante la Gran Pirámide de Keops. El sol se ceba en mis ojos, calienta mi piel, mis pies sienten el calor ancestral de esta tierra. Me estropean el cuadro algunos taxis clandestinos y algunos conductores de camellos que quieren, a toda costa, que te subas en su animal, te hagas una foto y pagues. Y todo esto, en plan fast food: come, paga y vete. Me molesta. Ya sé que todo el mundo tiene que vivir de algo, pero por qué de la prostitución de los antepasados faraones y de todo su mundo.

Debo de haber dicho esto último en voz alta, porque Fausto me dice que soy una romántica incurable y que me espabile porque tenemos que entrar en la Gran Pirámide, mientras Hazem me mira con cara extraña y nos recomienda no subir a los camellos y nos dice que tenemos sólo tres cuartos de hora para la visita, y que hay que hacer cola, y que él nos espera allí, a pie de pirámide, y la pareja de Zaragoza pasa de Keops y se dedica a hacer fotos a diestro y siniestro y se van a buscar a un camello con su camellero y su canesú porque quieren la foto para pegarla en el álbum y poner verdes de envidia a los amigos que se quedaron allá y yo

no entiendo nada y corro en busca de mi sueño.

La Pirámide de Keops es la más grande de las tres que están aquí juntitas, tiene 227'5 m. de longitud en la base y una altura de 146 m.. Construida por el rey Keops hacia el año 2.650 a.C., tiene 2'3 millones de bloques de piedra de 2'5 toneladas cada uno. Se puede visitar su interior.

Lo que leo me parece insuficiente para explicar lo que veo. La Pirámide es La Inmensidad. Del tiempo, del espacio. Lo que pienso es un pálido reflejo de lo que siento. A pesar de los turistas que suben como hormigas por la rampa y hacen cola, a pesar del hombre desdentado que nos vende las entradas, a pesar de mi dolor de cabeza tan humano a mi pesar, lo que siento, al tocar ya la primera piedra, ya en la entrada, es que estoy entrando en contacto con la Eternidad. Yo, individuo contingente del siglo veinte, humana miope, yo, que hace tiempo que dejé de creer en los dioses y en los milagros, que mi dios se murió o yo me morí para él, porque soy insignificante para un dios, yo, estoy entrando en este momento en el túnel del tiempo que me transporta a la eternidad.

Fausto me pega un tirón del brazo para que me espabile y me doy cuenta de que mi pasaje a la eternidad, que es lo que pagamos aquí por unas pocas libras, me da derecho a entrar lo más rápidamente posible por una puerta que enseguida se hace estrecha y a llegar a un pasillo de atmósfera asfixiante. Es un pasaje ascendente, cada vez más empinado, que tiene una barandilla a cada lado de la pared y unas tablas en el suelo con travesaños para que no resbales. El problema es que aquí sólo hay una vía de doble dirección y, dada la inclinación progresiva del camino, es fácil encontrarte a alguien que baja de espaldas (y en ese caso te das de narices con el trasero ajeno que baja mientras tus narices suben). Pero lo peor es tener que esperar, con el ambiente cargado, el dolor de cabeza que cada vez va más en aumento, porque, para acabar de arreglarlo todo, tengo la regla, el aire irrespirable, la sensación de ser un híbrido entre espeleólogo y alpinista que tiene que calmar los latidos de su corazón y los ladridos de sus pulmones que piden aire, aire, y tienes que esperar en este mundo de ultratumba, y por un momento eterno es imposible recrearse en esta maravilla del infierno, y menos mal que los de arriba han empezado a moverse y el culo este se ha despegado de mis narices, perdón, no, no pasa nada, es que parecemos corderos camino del matadero.

Cuando ya parece que no voy a poder más (y Fausto va empujando suavemente mi trasero ascendente para que yo pueda ahorrar fuerzas), llegamos, oooohhhh, a un espacio que de repente me llena los pulmones de aire: viciado, pero aire al fin y al cabo. Hemos entrado en otra zona, ahora hay doble vía y la altura del techo es increíble, no tengo datos descriptivos, no tengo la guía en las manos para leer nada, sólo ojos para observar, manos para tocar, pulmones para respirar, corazón para latir en aviso de que algo se aproxima: llegamos a la gran cámara mortuoria de

Keops.

Vista con ojos críticos y materiales, no es más que un cubo de piedra con parte de un sarcófago de piedra (la primera envoltura del cuerpo mortal pero momificado del difunto). Sólo piedra, casi negra. El techo a una altura considerable, grandes bloques que han visto tantas cosas, tantas gentes. Bloques que están aquí desde hace miles de años para ser admirados, tocados con la reverencia que merece el culto a la muerte que es, en el fondo, un canto a la vida. Aquí estamos los turistas vulgares, gente de medio pelo, tejanos, gorras y colorinos, calzado deportivo. Pero también, bajo esta misma apariencia, un grupo de personas parecen estar en otra dimensión. Se acercan con reverencia a las paredes, las tocan, pero no como yo, con esta mezcla mía de fascinación y vaga metafísica, sino con la concentración total del creyente, con adoración. Oigo por detrás a alguien que se ríe (ja, ja, ja, qué hacen éstos) y una voz serena amonesta y dice con tono antropológico que son miembros de una secta, muy de moda por estos tiempos en Estados Unidos, que cree en el poder de las pirámides.

Yo simplemente observo y procuro guardar estos datos en mi memoria, mientras Fausto me hace una foto, mis manos un poco hacia atrás, apoyándome levemente en el sarcófago, y yo le hago una foto a Fausto, inevitablemente movida.

Me estaría aquí una eternidad.

Pero la eternidad, un suspiro de los dioses que dieron alma a estas piedras, es mucho tiempo para unos pobres mortales como nosotros, que tenemos que volver a la salida en menos de diez minutos.

El camino de vuelta es más rápido, no sé si porque es descendente o porque hemos sido de los últimos en entrar y la vía está más despejada. Al otro lado, entre los que suben, las quejas que eran nuestras hace un rato:

-¡Esto es intolerable!

-Ya te dije que era mejor hacernos la foto con el camello.

-Yo no he venido desde Buenos Aires para hacerme una foto con un camello.

-Pues yo tengo claustrofobia, así que si esto dura mucho me voy, porque ya me están entrando las siete cosas.

Alguien explica un chiste para los que esperan: son un grupo bien avenida. Yo me encuentro a mí misma pensando que el camino descendente, cuando se ha estado tan cerca de la Eternidad, es más bien

una Caída, no sé si en el vacío. Se cae una señora que lleva camiseta amarilla y zapatos resbaladizos delante de mí, y más adelante, allá en donde la doble vía se transforma en una, oigo voces y risas de acento una vez más argentino y pienso que claro, que allí en noviembre es verano y deben de tener vacaciones.

-Por favor, cuidado, voy a bajar de espaldas, porque no puedo... -dice la mujer que va delante de mí.

-No se preocupe, señoraa, que yo soy un cavayero... -voz de argentino guasón.

Y sí que lo es, porque el hombre se aparta, se aplasta contra el muro milenario mientras un compañero suyo le dice che boludo, vos sós un caballero según con quién, dice mirando a una morena de escote generoso que va detrás de la señora y que a mí me convierte en invisible.

Salimos al sol cruel. Cruel como la verdad, porque allí está Hazem (Jaaazzem) hablando con el conductor de la furgoneta y cuando llegamos, después de hacernos una foto en plan guiris, él nos suelta que vayamos pensando que hay que darle una propina al conductor, porque en Egipto es la costumbre y Fausto refunfuña porque ya hemos pagado todo lo pagable y todos estamos de acuerdo con él, todos menos Jaaazzem, claro, y el conductor, claro, que ni sé cómo se llama ni me importa, ni creo que me importe en toda mi vida, pero que ya pide por esa boquita egipcia rodeada de barba y bigote que es la de Hazem, pide dinero, dinero, money, how many pounds, le pregunto yo directamente al chófer y Jaazzem me dice que no habla inglés, así pues, es un autista, tal y como llaman muy bien llamados a los conductores en Italia, aunque aquí yo ya me entiendo, y nuestro hombre en El Cairo nos dice que él ya lo ha arreglado todo, que confiemos en él, porque con esa propina ha conseguido que nos lleve a comer a no sé dónde, buena comida típica egipcia, ¿barato?, sí, barato, bueno para turistas como ustedes, como nosotros, que tenemos cara de bolsillos rezumantes de dinero en libras, tarjetas, eurocard, mastercard, visa, travellers...

-Y de camino pasaremos por una joyería para que puedan ver bonitas joyas egipcias y allí les ofrecerán rí fresco.

Pero Jaaazzem, si a mí no me interesan las joyas, pienso. Pero debo, una vez más, debo de haber dicho esto en voz alta, porque oigo que nuestro guía compulsivo me regala una enorme sonrisa y me dice:

-Aaahh... Todas mujeres gustan las joyas.

Que no.

-Bueno –dice, observando la cara de las otras mujeres del grupo, que debe de ser diferente de la mía-, pues si tú no quieres, entonses rifresco, bueno para tanta calor, ¿eh?

Pues vale, muchacho.

Fausto, que observa la escena, dice algo sobre que soy feminista y Jaaazzem, que no sabe aún que mi maridito malintencionadito está a punto de troncharse de risa a sus expensas, dice algo parecido a fiministas, malas, perder aseite, no buenas para mujeres, qué desperdisio lesbianas. Y entonces Fausto le dice que él sabe que yo no soy lesbiana y Jaaazzem me lanza una mirada lanzallamas controlada porque mi marido es mi marido y se está partiendo a carcajadas lo que no es mencionable y Jaazzem y se da cuenta de que le hemos tomado un poquito el pelo y decide hacerse el simpático.

Y nos cuenta entonces que en Egipto la gente, turistas creen que egipsios perder aseite porque se cogen del brazo y se besan (¿en dónde?, pregunta Fausto, y Fausto me da a mí la respuesta y nos reímos mientras Jaazzem se hace el desentendido y sigue hablando) pero no, es que son amigos, no perder aseite, egipsios muy machos, dice nuestro HOOOMBRE MACHO en El Cairo.

Yo corto de repente la conversación y digo, pregunto, si primero no vamos a ir a ver el resto del complejo funerario, y Jaaazzem nos acompaña, of course madam, al Templo Mortuorio de Keops y nos explica de una forma que a mí me parece caótica lo que se supone debemos saber de este sitio, y yo, que siempre pecho de exceso de curiosidad, le pido que me explique detalles sobre el proceso de momificación y no me dice nada espectacular, o al menos no me lo parece, porque este hombre macho de El Cairo debe de sufrir algún desorden lingüístico que se acentúa con el esfuerzo traductor del árabe al castellano y a veces al inglés.

Y vamos demasiado deprisa. Empiezo a pensar que deberíamos haber organizado el viaje de otra forma porque el concepto de Egipto como ruta turística se pega de narices con mis ansias de aventura y mis esencias metafísicas.

¿El Museo del Barco Solar? No tenemos tiempo. No se puede.

¿La Tumba de la Reina Hetepheres? Inaccesible.

¿La Pirámide de Kefrén?

-Sí, claro –responde Hazem-. Es la mejor conseruada de este comblejo, conseruando aún la caba calisa de fura que recuupre el granito rozado.

Se pueden visitar las dos cámaras mortuorias y el sargófago...

¿Vamos? No, no se puede. No hay tiempo. Tenemos que estar en la maldita joyería a una hora que ni escucho. Observo la hermosa pirámide y le digo adiós (para siempre, snif) por dentro. No tengo ganas ni de hacerme otra foto, maldita sea, tantos años esperando para esto, para tener que correr en la visita a las pirámides porque interesa más que los señores turistas vayan a una joyería. Me despido también de la pirámide de Mikerinos, la pequeña.

Adiós también a la Esfinge, a la que apenas puedo verle la cara porque está en plena fase de reconstrucción.

A medio camino de regreso, me doy la vuelta para hacer lo que mi amiga y compañera Montalbà Bellart llama "una foto mental": observo todo el conjunto y compruebo que, a pesar de los turistas que pululan como hormiguitas (porque hormigas somos junto a tanta grandeza), a pesar del empeño de las agencias de viajes dedicadas a banalizar una visita que debiera ser mucho más larga y detenida, a pesar de la premura de tiempo, del ahogo y de las prisas, hay algo inmenso en este lugar. Lo noto en el ambiente. No es necesario saber demasiada historia. A veces, llegado el momento, incluso es bueno no saberla, para poder mirar con ojos vírgenes estas piedras milenarias que tanto han visto. Quiero dejarme ganar por el alma de las cosas, por la vida de este lugar funerario. Quiero dejarme invadir por el misterio que reina aquí, ahora y desde siempre, a pesar de los siglos, a pesar de los conquistadores que arrasaron demasiada historia.

Aquí están los hombres que habitaron estas tierras hace más de dos mil años. Aquí están los esclavos y los faraones, unidos por la misma muerte. Aquí está el sentido de la vida: nacemos para morir, la vida es breve, pero la muerte es eterna.

Levanto los ojos, y la Esfinge, que desde cerca me negaba su mirada mayestática, desde lejos me observa fijamente y me dice sin palabras: recuerda.

Respiro hondo, incapaz de contener tanta Belleza. Tengo ganas de llorar de felicidad. Gritaría, pero hay tanta gente...

Alguien me grita, sin embargo: es Fausto. Se van. Nos vamos. Tan pronto.

Al subir en la furgoneta sé que mis ojos están encendidos por un fuego que nadie puede entender, ni siquiera yo misma.

Pero el éxtasis se acaba pronto. Alguien me pregunta algo sobre el itinerario cambiado y respondo de manera mecánica. Le pregunto a

Hazem, que no sabe responderme.

Llegamos a la joyería. Mis compañeras de grupo se lanzan como posesas a las vitrinas y yo no, lo siento, es que yo soy rara. Y le intento explicar al amable dependiente que pretende que yo compre algo de oro que las joyas me sobran, que sólo llevo mi anillo de casada, que, para más INRI, ni siquiera lo compré en una joyería, sino que preferí que me lo hiciera mi buen Antoni, músico y joyero, rara mezcla. Pero esto último no lo explico en inglés, que no puedo, no sé, sino que se lo explico en castellano telegráfico a Jaaazzem, que ya disfruta de su refresco (ah, ¿él también?) y de un cierto dominio de la situación, porque, aunque yo, la rara, no compre, las otras mujercitas sí están dispuestas a ello, compulsivas criaturas compradoras generadas por nuestra sociedad de consumo y bienestar que vienen aquí, a Egipto, lugar en que a la raza turista hace tiempo que se la tiene estudiada, como si fuéramos moscas vistas a través del microscopio o mariposas clavadas con los alfileres de las muchas propinas.

Y sí, creo que los vendedores nos miran con curiosidad de entomólogos, quieren prever nuestras reacciones, nos prueban, intentan probarme a mí, porque claro, the best thing para una lunamielera como yo es que su maridito le regale un anillo, a riiiiing!, pienso yo, ja, ja, o una pulsera, un collar... ¿tampoco? Pues su nombre grabado en caracteres egipcios, en caracteres jeroglíficos, beautiful, madam, very beautiful, sí, pero expensive, españoles, pobres, dice Fausto, ja, ja, del dependiente que ve cómo la venta se le esfuma y por eso mismo se lanza a la caza de una de nuestras encandiladas mujeres, que duda entre pulsera o collar... Pues todo, conjunto, madam, more beautiful, muestra de big love por parte de tu maridito de bolsillo abierto, abriéndose, rezumante de pounds.

Salimos ¡por fin! de la joyería. Hay que ir a comer. Me siento en la furgoneta y me siento teletransportada, catapultada hacia un restaurante que, maravillas de las maravillas, Jaaazzem conoce al dedillo. Lo deduzco porque, nada más entrar lo saludan como si lo conocieran, y él se permite el lujo de señalar (con el dedillo) el lugar en donde nos gustaría sentarnos. Sí, vale, pienso, chiste fácil, pero situación macarrónica exige un descendimiento de neuronas. Y no debe de ser tan malo, porque me oigo explicarlo en voz alta y los demás se ríen. Pero claro, qué se puede esperar de gente que prefiere hacerse una foto con un camello en vez de visitar la gran cámara mortuoria de Keops, qué de aquellos que prefieren visitar al trote templo y Esfinge porque, claro, ya está visto todo, ¿no?, esto es todo, ¿no?, y yo pienso que cómo que todo, si a mí no me ha dado ni tiempo a respirar el aire de la Esfinge.

Siento unas ligeras náuseas pero deben de ser del mundo, porque recuerdo, de pronto, que hace tiempo que tengo el desayuno en los pies,

y son casi las dos, y me siento en una silla que amablemente me retira un camarero que al menos no tiene la pinta denigrante de beduino en exposición para los turistas que exhibe el hombre que nos abrió la puerta. Oigo que Hazem pregunta carne o pescado y entonces todos nos miramos y recordamos las instrucciones de nuestra agencia madre, oigo a Fausto diciendo al menos la carne la hacen a temperaturas más altas y la queman y cualquier microorganismo indeseable estará muerto y yo pido además algo de ensalada y entonces todos me miran diciendo ésta está loca.

Jaaazem apresura a los camareros con palmadas y otros grupos de turistas nos observan: la verdad es que este restaurante, de típico egipcio, poco. Más bien parece uno de esos lugares destinados a los turistas, uno de esos restaurantes parecidos a los de todo el mundo porque por lo visto a los turistas les gusta el mismo estilo hortería impersonal semieuropeo estilo años setenta con grandes ventanales y sillones de piel falsa, líneas rectas, electroencefalograma plano abundante entre el personal. Claro que peor es el otro escalón de sitio-para-reponer-fuerzas destinado al turista: el chiringuito. Pero de momento, por lo visto, no hemos caído tan bajo. Sobre todo, porque a nuestro guía le gusta comer bien. Sobre todo, porque nuestros bolsillos aún tienen dinero para gastar.

Nos traen una ensalada que a mí me resulta conocida: distingo tomate, pepinos, cebollas, quizá perejil. Jaaazem se deshace en elogios a la Salata Beledi, típica egipcia, que yo a menudo me hago en mi propia casa, tan poco egipcia. Nos traen kebab, brochetas de cordero: Fausto las pide muy hechas. Y un pan ácimo, en forma de torta, del que no entiendo el nombre, pero que está muy bueno, básicamente porque no sabe a nada. Y salsas no identificables, algunas de ellas agresivas, según deduzco de la cara del hombre que tengo a mi lado izquierdo, oriundo de Zaragoza que suelta un ¡la Virgen! al degustar un trozo de pan mojado en una salsa roja de apariencia inocente y por ello apetecible. ¿Postres? No, no tenemos ganas. El kebab estaba bueno, con esas especias que no sé qué eran por encima. La ensalada también. Pero los demás no quieren arriesgarse con los postres. Yo sí lo haría, porque tengo un estómago internacional y mestizo, pero una punzada me avisa de que la comida era más fuerte de lo que pudiera parecer a simple vista y que mi bolsa deglutora convaleciente debe preservarse para el tour de force que le espera estos días, perdida en tierra egipcia.

Así que pedimos la cuenta. Y Hazem pide que dejemos una propina. Nosotros ya empezamos a refunfuñar, pero claro, nos dicen que es lo normal, que es lo que no cargan en cuenta, que tengamos (en cuenta) que el servicio ha ido muy rápido (en esto tiene razón), que hemos avanzado a otros grupos de turistas que ya empiezan a mirarnos con cara de perro egipcio, y que hemos tenido que ir rápido porque por la tarde tenemos que ir al Museo Egipcio y lo cierran a las cuatro de la tarde, son

cerca de las tres y, mierda (digo para mis adentros), otra vez a ver las cosas deprisa y corriendo. No soporto esto.

Le digo a Jaaazzem, que ahora está muy ocupado pidiendo unos cigarros al encargado de mesa y pregunta si nosotros queremos, no, nosotros no, le ladro casi, que ya empiezo a verle un poco el plumero y los demás aún más, porque ya se sabe que una no es muy experta en la observación del género humano y tiene poca psicología, pero hasta yo me he dado cuenta de que él ha pedido primero los cigarros para él y entonces se ha dado cuenta de que existíamos, pero ya es tarde, ya estamos saliendo, ya hemos pagado quizá, como dice Fausto, su comida.

En la puerta nos espera el tipo vestido de beduino y ahora una chica que a mí me da mucha pena, porque está orgullosa de tener la cara tapada con una gasa azul y de enseñar pierna, en vez de ir de negro de arriba abajo como algunas de sus congéneres por aquí. Nos saludan, good bye, con una inmensa sonrisa y unos ojos tan oscuros...

En el exterior, a pie de puerta, está el autista con la furgoneta. Explicaría el chiste de la fragoneta y el malovolumen, pero no hay humor para ello. Prefiero abstraerme y mirar el paisaje humano de esta calle de repente estrecha, vaya giro, el muy bestia, y calle que de repente es ancha por la que tenemos que pasar para llegar al Museo Egipcio, que está en la plaza Midar al Tahrîr.

La plaza Midar al Tahrîr se parece bastante a cualquier plaza europea, supongo que por las diferentes conquistas y colonizaciones, o quizá debería decir que tiene cierto aire colonial, en el sentido más inglés de la palabra. Salvo algún elemento típicamente egipcio, lo que más me llama la atención es que, si no estuviéramos delante del Museo Egipcio, si no hubiera gentes vestidas con túnicas, no tendría la sensación de estar aquí, sino en cualquier sitio no identificable. El mismo museo tiene un aire neoclásico, muy del gusto inglés de la época supongo, y Hazem nos explica que fue fundado por no sé quién y no sé qué más, porque intento seguir sus explicaciones y me cuesta un poco, y que si las columnas corintias de la entrada... ¿Dónde están las columnas corintias? ¿Dónde, las hojas de